

Mérida en tiempos de guarimbas

Rafael Duarte*



NOTIHOY

a emblemática Universidad de los Andes, en Mérida, también se sumó a las universidades que paralizaron sus actividades académicas. Los protagonistas: estudiantes y profesores universitarios. Muchos de ellos de oposición. El objetivo: en esencia, reivindicar todo derecho que afecte la población –independientemente de las consecuencias éticas-morales que estas puedan traer.

Días previos a la convocatoria hecha por María Corina Machado y Leopoldo López, algunos estudiantes merideños trancaron la avenida Las Américas como forma de respaldo a los estudiantes apresados en San Cristóbal por amedrentar la propiedad del gobernador Vielma Mora. Ya para el 12 de febrero los universitarios terminaron sumándose a la convocatoria opositora y se expandían por gran parte de la ciudad.

En los primeros días las protestas ya se presentaban de forma violenta. Co-

menzaron con quemas de cauchos y el enfrentamiento contra efectivos de la policía. La situación se daba en paralelo con Altamira, San Cristóbal y Valencia que mostraban los primeros signos de violencia física y verbal.

El discurso de *protesta pacífica* fue cambiando moderadamente, y con el discurso las armas comenzaban a circular. Un par de semanas después del 12 de febrero, los medios regionales informaban oficialmente a la población sobre el uso de armas de fuego en las diversas concentraciones, haciendo que un número significativo de manifestantes *pacíficos* abandonaran las protestas.

En la avenida Las Américas se dio el mayor número de hechos violentos entre efectivos de la policía y protestantes. Los grupúsculos que se mantuvieron en resistencia se equiparon con máscaras, piedras, armas de fuego y bombas molotov *resguardando*, en principio, el *derecho a protestar*. Sin embargo, este *resguardo* nunca fue así. Los denominados grupos *guarimberos* tomaron muchos kilómetros de la ciudad y cientos de familias que en principio se sintieron *resguardadas* por ellos, luego de unas semanas de zozobra, disparos, violencia y desolación, sintieron temor. Hay quienes dicen que hubo familias que costearon a estos individuos para que se mantuvieran en las calles. Otras versiones apuntaban a que eran grupos paramilitares asalariados de la oposición. Lo cierto es que la situación se salió de control cuando los residentes y transeúntes debieron pagar *vacunas* para poder transitar libremente por sus calles. El chantaje había tomado la ciudad.

Con varias calles y avenidas llenas de barricadas, los comercios y las escuelas se vieron obligados a cerrar, un sinnúmero de familias tuvieron dificultades

... el mismo pueblo que apoyó terminó cansado de las guarimbas. Aunque muchos vieron la posibilidad histórica para salir de la llamada revolución, una gran parte de la población entendió que de mantenerse esa situación, la intolerancia y la violencia política se iban a incrementar cada día más.

para ir a sus trabajos. Además de ello, cientos de hogares se quedaron sin los suministros de gas y electricidad.

Las Américas era intransitable desde el hipermercado Garzón hasta la Plaza de Toros. El Terminal Sur de Pasajeros –que fue vilmente atacado– se tuvo que mover hasta la estación del trolebús en Ejido. Quienes iban hacia Tovar, El Vigía o a la Zona Panamericana tenían que llegar por distintos medios porque las unidades de transporte no cubrían las rutas establecidas. Muchos transportistas fueron amenazados y las rutas debieron ser modificadas. También el sistema del trolebús tuvo que suspender de forma intermitente sus servicios por daños ocasionados en algunas de sus estaciones.

En un par de semanas, cientos de barricadas se visualizaban en Las Américas. Postes caídos, avisos partidos, alcantarillas zafadas, árboles talados, escombros por doquier, basura en descomposición y cualquier residuo que pudiera obstaculizar *al otro* servía como defensa para ganar extensión y poder. Un poder que irónicamente los encerraba y los condenaba lentamente.

Además de Las Américas también se obstaculizaban avenidas como Los Próceres, Andrés Bello y Don Tulio. Estas últimas de forma intermitente. A veces por simples cacerolazos. Por lo general el centro siempre estuvo despejado debido a una minúscula presencia militar.

La mitad de la ciudad parecía secuestrada y en penurias. Urbanizaciones como El Carrizal o El Paseo de la Feria se encontraban asediadas por *los guarimberos* quienes construyeron portones con latones en las entradas de las urbanizaciones, esto como medida para resguardarse de los colectivos motorizados, presuntamente del chavismo. Las alcantarillas levantadas y las guayas metalizadas hacían parte de la defensa pacífica.

A todas estas, Mérida estaba colapsada. Las colas vehiculares eran interminables. Todos estaban afectados. Los agricultores temían las entregas de sus cosechas por la falta de paso, llegar al HULA o a otro centro médico con una emergencia era cuestión de un milagro. Esta grave situación de ingobernabilidad hizo que el número de moto taxistas piratas se incrementara exponencialmente. La anarquía sobre dos ruedas se hizo ley, el número de funcionarios de la policía y tránsito parecía no mantener el control cuando muchos semáforos dejaron de funcionar por los caprichos violentos.

Ante todo esto, la *Mérida preciosa* paso a ser la Mérida de las protestas.

EL QUE SE CANSABA, PIERDE. TODOS SE CANSARON, TODOS PERDIMOS

El que se cansa, pierde era la consigna inicial de los grupos de la oposición. El pueblo cansado de los problemas sociales y económicos vio una posibilidad en la protesta nacional iniciada el 12 de febrero; sin embargo, el mismo pueblo que apoyó terminó cansado de las guarimbas. Aunque muchos vieron la posibilidad histórica para salir de la llamada revolución, una gran parte de la población entendió que de mantenerse esa situación, la intolerancia y la violencia política se iban a incrementar cada día más.

Las guarimbas cansaron a la gente. Muchos en Mérida, de forma pusilánime, pedían intervención militar. Una semana después de Semana Santa, el Ejecutivo nacional *militarizó* parte del municipio Libertador con el fin de eliminar todas las barricadas. Equipados con tanquetas y vehículos propios para la recolección de desechos los castrenses, apoyados por civiles, se extendieron a lo largo de las principales avenidas de la ciudad; 72 horas después Mérida estaba despejada de guarimbas.

A partir de entonces el espacio público cambió. Todos nos cansamos, todos perdimos de una u otra manera. Los universitarios perdieron al menos un semestre, muchos comercios se fueron a la quiebra, hubo daño a la propiedad, además de gran cantidad de heridos y lamentables pérdidas humanas. Las guarimbas nos afectaron a todos.

Desde el 12 de febrero el panorama nacional cambió de forma tan abrupta que todavía hoy pudiéramos preguntarnos, de parte y parte, chavistas u opositores, nihilistas políticamente, ¿qué se ganó?, ¿qué se perdió?, o mejor aún ¿qué nos pasó?

*Licenciado en Educación mención Filosofía UCAB.